

Individualización, educación y paideia

Por Rush González

Presentación

El presente esfuerzo no es más que una reflexión incidental, que trata de demostrar que la educación es circunstancial al hombre y a la comunidad humana.

No existe educación allende a la cultura, ni idea alguna del hombre sin el patrocinio de algún ideal educativo.

Toda idea de educación se sustenta en alguna idea del hombre, razón por la cual, en el presente empeño, para hablar de la educación, se ha requerido del acompañamiento de una idea del hombre inspirada en el marxismo y el existencialismo Sartriano, quienes entienden al hombre como un producto de sus propios actos.

CONTENIDO

En el discurrir de la reflexiva en torno a la educación podría afirmarse que ésta viene a adquirir su dimensión real y propia en la medida en que el hombre ha venido a adquirir una idea de sí mismo. La educación es un complejo sistema que siempre ha poseído el afán de procurar el crecimiento del ser del hombre.

Al hablar de procurar el ser del hombre, me refiero a la formación *consciente* del incremento cultivado del ser de éste (Ramón Ruiz: 1960, 13).



La existencia real y eficiente de la educación, en cualquier cultura primigenia o posterior, da por supuesto o asume implícitamente la idea, y el hecho, de que el hombre es ser de *comunidad*. Una comunidad sólo alcanza dicho adjetivo, no por la simple segregación de miembros sumables. Una comunidad no es la simple suma de miembros sueltos, requiere además del auspicio o patrocinio de una ley, de un valor o de un dios. Toda comunidad humana, además de biológica, es política, y en este sentido es sobrenatural.

Que el hombre es un ser político y habita en comunidad es un hecho corroborado por el testimonio de la historia. Sin embargo, tampoco es menos cierto que el tipo de comunidad a que se pertenece se conecta directamente con el tipo de valores y leyes que ésta profesa, tiñendo de un matiz único y distinto a la época que asume como suya.

En este sentido podría afirmarse que la educación habrá de ser consustancial a la comunidad (Jaeger: 1997, 19).

Desde cualquier punto de vista que se intente, resulta imposible a la reflexión sustraer el hombre fuera de la comunidad. En consecuencia resultará un contrasentido el sólo intento de imaginar alguna noción de educación apartada de la comunidad. El hombre crea y forja por *necesidad* comunitaria a la educación, con el propósito mismo de autocultivarse, y de transformar su mundo natural por el trabajo en *cultura*.

La educación no es arte, ni siquiera es una vocación, es antes bien “ El principio mediante el cual la comunidad humana transmite y conserva sus valores e ideas” (Jaeger: 1997, 3).

El hombre ciertamente no ha nacido para la educación, y sin embargo, es el único ser bajo el sol que ha menester educación para ser. La comunidad por doquier que se le mire educa, de una o de otra forma. Que alguien se eduque quiere decir educarse con los otros y por los otros, estamos, sociológicamente hablando, aprendiendo unos



de otros, asumimos y rechazamos constantemente las especificaciones que el otro nos muestra. Crecer, en este sentido, significa crecer conjuntamente, dado que el cultivo y desarrollo del ser ha de ser comunal.

El hombre, literalmente, está llamado a ser, es decir a cultivarse, a desarrollar sus potencialidades. El hecho de que el hombre sea y esté arrojado a ser, no es alternativa en él, más bien su destino (Juliana González: 1996). Todos nosotros estamos siendo, y esto es común a la generalidad; pero el mundo en que nos estamos haciendo es lo que marca el límite de las diferencias. Podría decirse que cada hombre posee su muy personal y particular modo de hacerse. Es más, este modo singular, es tan único que solo dicho sujeto es capaz de facturar, resulta por esto intransferible el puesto biográfico que cada cual viene ejerciendo.

El hombre es ser de relaciones, tiene que habérselas necesariamente con sus semejantes, con la naturaleza y con la divinidad. Podría también afirmarse que estos extremos relacionados del hombre, siempre han sido los mismos, pero el modo en que cada uno resuelve su relación es única, histórica y contemporáneamente hablando.

El hombre por esto no posee alternativa ante su necesidad de ser, tampoco la tiene en cuanto a sus relacionados extremos, mucho menos la tiene en cuanto a ser aparte de la comunidad. El hombre necesita ser, hacerse, y sólo lo puede lograr mediante la optimización de sus relaciones. La educación es una producción relacional y comunal del hombre para el incremento de su ser. Luego entonces la educación tampoco es *una alternativa* de éste; sino necesidad imperiosa y obligada en tanto ser de comunidad.

La idea o concepto de educación no es ninguna entidad esencial, sino más bien un proceso gestativo, cuyo ser sólo puede comprenderse mediante su motilidad. La educación en tanto educación es una necesidad *cultural*. Toda educación



comprende el aspecto de la asimilación, la creación y la transmisión de objetivos.

La educación no se hace a sí misma, la hacen los hombres. Por esto mismo las metas y fines rebasan con mucho a la educación misma. (Fernando Acevedo: 1981, 328). Si pudiéramos hablar de los fines de la educación, éstos necesariamente tendrán que conducirnos hasta el fin de los fines en el sentido kantiano, a saber al “hombre mismo” (Kant: 1968). El hombre es el fin de toda moral, y de todo derecho, luego también lo es de toda educación. Esta última habrá de ser uno de los tantos medios para la dignificación del hombre.

Por la educación el hombre se autocrea, creando y recreando sus objetivos y valores. Toda creación es una construcción, el hombre se construye creando en el mundo, su mundo, el mundo; y la educación quizá sea el medio más general y efectivo de llevar a cabo dicho afán. Digo más general, porque hay que tener presente que educación no es reductible a la escuela, sino a todo ámbito que abarque e implique la cultura, obviamente

la educación tiene por afán el formar no el deformar, pese a que acaezcan decrementos colaterales a ésta. Esto último suele ocurrir no por propósito de la educación, sino por la naturaleza misma del ser del hombre, en cuyo seno ontológico trae la posibilidad de la virtud o del vicio. Me refiero claro a la *libertad* en tanto categoría ontológica constitutiva de la estructura del ser del hombre, en donde se asienta legítimamente la historicidad del valor y las maneras de valorar. (Juliana González; 1997, 318).

El ser libre del hombre sienta las bases del bien o del mal, épocamente. Lo cual quiere decir que resulta imposible ofrecer una tabla de valores inmutables u obligatoriamente necesarios. No existen valores universales ni necesarios, en razón del ser libre del hombre, el cual a su vez es la base y



razón suficiente de la historicidad del hombre mismo y sus creaciones.

Pero históricos no sólo son los valores, también lo es la educación, al igual que las distintas y diversas ideas del hombre. Y si acaso existe una constante respecto a la educación, sin duda consistirá en el hecho de que en todo ideal de cultura se corresponde con un ideal de educación. La educación es una constante en la cultura. Constancia que a su vez presupone la presencia de valores afanados.

Tampoco los valores son entidades esenciales, son creaciones producidas por el hombre mismo, los cuales se operan en el actuar, y sirven entre otras cosas para estrechar los vínculos comunitarios y para fortalecer la vida en y de la comunidad.

Todo valor es vínculo de comunidad y máxima expresa de vida solidaria. Todo valor, habita por así decirlo, en el acto desinteresado y solidario. La virtud consiste en la buena voluntad, la voluntad de bien como nexo comunal. “La virtud es vocación humana, y se aprende con la educación” reza la sentencia socrática. La propuesta en marcha de esta actitud es lo que se llama moral.

Educación y moral por esencia siempre habrán de andar juntas en todo ideal de cultura. Porque si bien la educación asumirá el propósito de infundir y transmitir un conjunto de valores; a su vez la moral será la puesta en acto de dichos valores. La comunidad será en suma el resultado del modo particular como se desenvuelva en acto dicha moralidad. Una comunidad se caracteriza respecto a otra en proporción al modo de *individualización* de sus miembros. La individualización se alcanza mediante el esfuerzo, mediante el trabajo y el ejercicio constante de la areté. Una vida mientras más virtuosa sea resultará más individualizada y por consiguiente mayor comprometida con la comunidad.



No es el individuo quien forja la comunidad, antes bien, toda individualidad es susceptible en tanto comunitaria. El hombre no nace tiene la necesaria obligación de gestarse, de venir a ser, de ejercitar su ser. A todos nos ha sido dada la vida, pero no el modo de vivirla. Estamos obligados a vivir individualizándonos, a hacernos constantemente otros respecto a nosotros y los otros. Cada hombre se hace único y diferente por su actuar.

El acto es una cualidad privativa del hombre, privativa en el sentido de exclusiva. Acto es el modo común por el que el hombre se diferencia de las otras especies y de sus semejantes. El hombre está condenado a actuar, a hacerse único.

Actúa sólo el ser que tiene intrínsecamente posibilidad en el ser, para forjarse de una o de otra manera. Esto quiere decir que el hombre por necesidad (finito, contingente) está constituido ontológicamente libre.

Y con esto nos topamos con una vieja frase vertida hace tanto por el anciano Heráclito: "El ethos es el destino del hombre" (B, 19). Lo cual quiere decir que el carácter (ethos) o sea la libertad es el destino del hombre. El hombre está condenado por necesidad a ser libre, está condenado desde el origen a forjar su propio ser mediante la *praxis*. Necesidad y libertad en Heráclito, y en esta exposición que estamos realizando, no se oponen ni se excluyen, por lo contrario se complementan

y se explican mutuamente. Es decir, el hombre actúa sólo para ser, para hacerse, esto es irremediable, es destino; pero el cómo o la manera de hacerse en tanto ser de relaciones habrá de ser único; el ejercicio de esta libertad ontológica habrá de reducir sobre las distintas modalidades de la libertad, ya sea política, religiosa o educativa.

Los distintos procesos e intentos de emancipación responden a esta cualidad ontológica originaria. Porque si el hombre no trajese la alternativa en su ser, entonces jamás intentaría



ser otro y no se diferenciaría en absoluto ni de un vegetal o un animal. El hombre posee en su haber la posibilidad de ser ejemplo virtuoso a los demás, pero también la de tornarse en un ser vicioso. Ya sea de uno u otro modo, éste estará asumiendo su alternativa, puesto que ningún vegetal o animal podrán jamás darse el *lujo* de posible vida viciosa.

El hombre no tiene alternativa ante la libertad, es libre irremediamente. Pero precisamente porque es libre es que requiere forzosamente de educación. Porque del hecho que todo hombre es necesariamente libre no se sigue que todo esté permitido.

Y con esto topamos una vez más con otra constante sustancial para el ministerio de la educación. Los hombres requieren de educación en tanto que son ontológicamente libres; requieren aprender a encaminar su libertad y a reconocer su horizonte en pro de la vida. Sólo el educado sabe ser libre y por lo tanto más humano.

Hemos dicho que no existen valores universalmente necesarios, todos son susceptibles y convencionales; son pautas obligadas, para quien ha de compartir y asumir un ideal de hombre y comunidad, forjada en base a dichos valores; pero no son necesariamente obligatorios para aquellos que no hayan de asumir dicho ideal. Generalmente quien no asume dichos valores, o bien propone otros nuevos alternativos, o bien degenera en su ser personal, la educación no sólo ha de propiciar el acto de asunción, también la renovación de los mismos.

Sólo por la educación el hombre deja de ser bárbaro y aprende a comportarse como tal. Por la educación el hombre se vuelve más hombre.

Educación no es instrucción, la instrucción se distingue de aquélla, principalmente porque apunta al campo de las necesidades útiles y pragmáticas, el afán de la instrucción nunca sobrepasa esta meta útil. "Educar no es lo mismo que instruir.



Educación es formar” (Nicol: 1990, 395). Educación es formar el espíritu del hombre en la voluntad y en la razón. Hacer que éste se sepa hombre. Concientizarlo de sus metas y la estatura que pueda alcanzar. Sólo cuando un proyecto de cultura asume el ser y el querer ser *conscientemente* puede denominársele “paideia” (Jaeger: 1997).

Y con la paideia llegamos a la idea central y primordial del humanismo, desde donde el hombre se erige en el centro y objeto de las distintas manifestaciones.

En la paideia la razón va emparejada con la acción; la mano y el cerebro constituyen el eje cultural.

La praxis es acción reflexiva, y en tanto reflexiva es praxis. La praxis acentúa la vigencia de unos valores libres y humanitarios. La praxis testifica la presencia de la razón en el mundo.

No obstante, cuando el hacer se desentiende de la razón reflexiva, se le llama *cálculo*. Cuando la instrucción sobrepasa a la educación puede hablarse propiamente de un humanismo en crisis, y de un mundo en decadencia. “La praxis actual es calculadora, pero no es reflexiva, esto significa que no hay una auténtica paideia” (Nicol: 1990, 397). Esto es lo que caracteriza a nuestra época. Como objeto de ambición vital, el poder está sustituyendo al saber.

Esto es preocupante y en verdad alarma a más de uno. La filosofía está alarmada, podría decirse que esta última no alcanza a explicar ni sabe qué hacer ante este contexto. Ya Eric Fromm en su célebre libro: *Tener o ser*, ha puesto al mundo en guardia, cuando anuncia que el hombre contemporáneo se encuentra al filo de una mutación, es decir, de una transformación radical de su ser teñida y matizada ya no tanto por el anhelo de ser sino del tener; y este detalle indudablemente es inédito en la historia.

El contexto y la circunstancia del hombre contemporáneo es algo inédito. El sentido y la dimensión de las creaciones humanas también se está alterando. La educación está



dejando de cumplir el propósito que otra asumiera en la paideia.

“No nos engañemos. La educación ya no ofrece una idea de la forma de ser del hombre futuro y ha olvidado la idea del hombre que realizó en el pasado” (Nicol: 1990, 398). Se requiere reeducar a los educadores. Cuando la paideia está en crisis, se corresponde directamente con una crisis de la filosofía. Y es que las circunstancias han ido rebasando los modelos y paradigmas filosóficos. Las cosas no serán como fueron, pero una cosa es bien cierta, el hombre no desaparecerá mientras se siga sabiendo libre. El hombre no fenecerá mientras tenga un acto voluntario y libre.

BIBLIOGRAFÍA

Acevedo, Fernando (1981), *Sociología de la educación*; Fondo de Cultura Económica; Méx.

González, Juliana (1996), *Ethos destino del hombre*, Fondo de Cultura Económica; Méx.

———: (1997), *Ética y libertad*, UNAM, Méx.

Jaeger, W. (1997), *Paideia*, Fondo de Cultura Económica, Méx.

Kant, Manuel (1968), *Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres*, Espasa Calpe, Méx.

Nicol, E. (1990), *Ideas de Vario Linaje*. UNAM, Méx.

Ruiz, Ramón (1960), *La educación y la Pedagogía*. Edil. Religiosa, Barcelona.

